

AMOR COMO EL DE ANTES

El amor. Ese extraño sentimiento que nos invade y nos consume poco a poco. Esa sensación que nos hace sentir pequeñitos, diminutos incluso. Quizás muchos lo conozcan, de oída o de pasada, pero realmente pocos tienen el placer de sentirlo en su propia piel.

Algunos preguntan qué es el amor, pero son pocos los que se atreven a preguntar cómo nos hace sentir. Porque tenemos miedo. Miedo a que nos domine, miedo a que nos desconcierte, miedo a sentirnos perdidos. Pero verdaderamente el amor no nos pierde, sino que al contrario, nos encuentra. Es esa indescriptible sensación capaz de convertir un día gris en el más soleado. Y lo peor de todo, es que no sabes la razón.

Él brota desde lo más profundo de nuestras almas y se va apoderando de nosotros, sin apenas percatarnos de qué es lo que sucede. Y cuando menos te lo esperas, lo sabes. Sabes que estás enamorado. Mejor dicho, no se sabe, se siente. Te sientes enamorado porque descubres que hay una persona que te hipnotiza hasta lo más profundo de tu ser. Y es ahí, en ese preciso instante, cuando te das cuenta de que no necesitas más que a esa persona especial para ser feliz. De repente, comienzas a entender todo de golpe. No necesitas a nadie más, no quieres mirar otros ojos que no sean los suyos y no quieres escuchar palabras que provengan de otra persona.

Se podría decir que el amor nos transforma. Gracias a él evolucionamos y ascendemos de rango. Nos convierte en frágiles, como el cristal. Es aquello que puede rompernos y arreglarnos a la vez. Se trata de esa sensación que, al igual que te da la vida, te la quita. Quizás ese sea el gran misterio del amor, que al igual que te lo da todo, también te lo arrebató. ¿Cómo es posible que lo mismo que nos mata nos haga sentir más vivos que nunca? Si una cualidad tiene el amor es la confianza que depositamos en él, y es que nos abrimos completamente a una persona, a sabiendas de que nos puede hacer daño, pero confiamos, tenemos fe. Nos aferramos al más mínimo detalle para no dejarlo ir. No nos atrevemos ni a imaginarlo porque ya es demasiado tarde.

Estás enamorado y no puedes hacer nada por evitarlo. Se te nota en cada mirada, en cada sonrisa, en cada lágrima y en cada suspiro. 24 horas al día, dándole vueltas a la cabeza para llegar a una simple conclusión: ¿En qué momento me he enamorado? Y desde ese momento, ya nada vuelve a ser igual. Comienzas a recordar todo lo pasado con esperanza de que se vuelva a repetir en un futuro, y es que dicen que siempre volvemos a donde fuimos felices. Quizás, por eso, tenemos la mala costumbre de aferrarnos a alguien, con esperanza de que nada malo suceda. Son tantos los pensamientos que se nos pasan por la cabeza, que muchas veces dejamos de cuidarnos a nosotros mismos por cuidar a la otra persona. En resumen, nos desvivimos por los demás.

El amor nos convierte en mejores personas, en tranquilidad, en euforia. Un cúmulo de sensaciones que desembocan en nuestro rostro, y es que, al fin y al cabo, los ojos son el reflejo del alma. A veces tan solo necesitamos un pequeño gesto para que nos brillen los ojos, para que se nos ilumine la cara. Una simple mirada cómplice es capaz de acelerar tus latidos, puede darle un vuelco a tu corazón, puede alegrarte el día, la semana y, en conclusión, la vida. Con un simple detalle, por insignificante que parezca, cuando estás enamorado te arden las mejillas, se te quiebra la voz. Justo ahí, en ese preciso instante piensas: “Me va a doler tanto cuando se vaya...”

Es imposible pensar en cómo alguien puede calarnos tan hondo, haciéndose paso entre la locura para llegar hasta el fondo de nuestra alma.

Muchos tienden a pensar que el amor duele, pero realmente no es así. El desamor duele, la decepción duele, las mentiras duelen y la traición duele. Pero si hay algo que no duele en esta vida es amar. Este enigmático sentimiento nos hace resurgir de nuestras cenizas para continuar adelante, y es que como se suele decir, el amor mueve el mundo. Quizás es lo único de lo que podemos tener certeza.

En ocasiones, deberíamos echar la vista atrás y tomar como referencia a las generaciones anteriores, a nuestros abuelos o incluso a nuestros padres, Jamás seremos testigos de un amor tan verdadero, basado en el respeto, en los valores, en la fidelidad y en la lealtad. Hoy en día, dejamos que pase el tiempo para esperar alguna oportunidad, pero realmente lo único que pasa es la vida.

Necesitamos aprender a amar de otra forma, o quizás simplemente debemos moldearla. Queremos un amor de película, un amor de verdad. En definitiva, necesitamos un amor como el antiguo, como el de antes.